

**CELIGUETA, G. Y SOLÉ, J. (2013). Etnografía para Educadores/
Ethnography for Educators. Barcelona: Editorial UOC. Primera Edición,
93 páginas**

Marleen Adriana Westermeyer-Jaramillo¹

Este breve texto es parte de la colección “Laboratorio de Educación Social”, siendo sus autores Gemma Celigueta, Profesora del Departamento de Antropología Cultural de la Universidad de Barcelona. y Jordi Solé, Profesor de los Estudios de la Psicología y Ciencias de la Educación de la Universidad Abierta de Cataluña.

De modo general, el foco del libro, según los autores, está centrado en características que posee la etnografía, las que son de especial interés por permitir modificar la práctica socioeducativa, más que describirla como una herramienta netamente investigativa. Los autores organizan su trabajo en torno a cuatro capítulos, marcados respectivamente por un carácter introductorio-conceptual, práctico, ilustrativo y, finalmente, motivador. Añádase a lo anterior una sección de conclusiones.

Como es de esperar, se comienza definiendo etnografía como un método símbolo, pero no exclusivo, de la antropología, cuya esencia radica en que el etnógrafo se inserta en la realidad a conocer, participando en la cotidianidad y recogiendo datos a partir de ella. A partir de la obra, considerada como fundadora de la etnografía, *Los Argonautas del Pacífico Occidental*, escrita por Malinowski en 1922, se amplía la definición dada, destacando el objetivo de dotar con vida al esquema social construido, rescatando el pensar y sentir de quienes son parte de él.

¹Magíster en Educación Mención Enseñanza de las Ciencias Naturales. Departamento de Educación; Facultad de Educación, Ciencias Sociales y Humanidades; Universidad de La Frontera. E-mail: marleen.westermeyer@ufrontera.cl

Se agradece que los autores, además de mencionar ejemplos clásicos y contemporáneos de etnografía, incluyen desde el primer capítulo visiones críticas de la disciplina, advirtiendo al lector de los vicios que se pueden ocultar tras ella, como lo son el atrapamiento en los estereotipos, la desconexión teórica y del sistema social más amplio en el que sitúa la realidad en estudio. Esta consideración podría ser de especial utilidad para los etnógrafos novatos, o para aquellos prisioneros de sus propias preconcepciones de la cultura en estudio.

Se define el trabajo de campo etnográfico, como aquel método no sistematizado en que el investigador va recogiendo sus propias vivencias dentro del contexto de estudio, siendo dos las más conocidas: la observación participante y la entrevista etnográfica. En la observación participante es justamente la ambigüedad entre observar y participar lo que se traduce en un valioso aporte a las ciencias sociales, siendo el instrumento tradicional el diario de campo, además de fotografías y grabaciones en las que se recogen las vivencias y revelaciones, a partir del vínculo con los denominados informantes. Por su parte, la entrevista etnográfica es caracterizada como una conversación no dirigida, no intrusiva, donde el entrevistador interviene escasamente, gatillando la locuacidad del entrevistado, cuidando que sean las categorías de pensamiento de éste las que afloran.

En el capítulo dos, el libro comienza a adquirir el matiz anunciado por los autores: vislumbrar la etnografía como una técnica valiosa en el trabajo social y educativo, más allá de la investigación. Lo primero que se rescata, es la utilidad de adoptar una actitud de distanciamiento o extrañamiento antropológico, lo que permite neutralizar la propia visión en pro de captar significados y reglas de acción social; sin embargo, para ello es necesario romper algunas barreras que presuponen ser un profesional del área ya inserto en el contexto, como lo son el tecnocentrismo, la condición de autoridad y la no ignorancia metodológica requerida en la etnografía. Si bien la comprensión de lo anunciado resulta fácil, como lectora y profesional de la educación inserta en una cultura ajena, reconozco la dificultad de llevar a cabo dicho distanciamiento, aunque no imposible de lograr, o al menos de acercarse a ello.

Los autores distinguen la etnografía de las personas y la etnografía de las instituciones, en cuanto a los objetivos, hipótesis, métodos y técnicas que estas involucran. Reconocen que

en las instituciones es más fácil ser etnógrafo cuando se es parte de la institución, aunque hay organismos más abiertos, como las instituciones escolares, escenario de la etnografía escolar. Recalcan la importancia de comprender los hechos sociales desde el punto de vista de los sujetos, no necesariamente “representantes”, libres de discursos de poder. Desmarcarse de la comprensión oficial de un fenómeno permite criticar constructivamente y renovar las instituciones. El entendimiento de estas ideas se ve facilitada en el texto a través de fragmentos de etnografías de instituciones: cárceles, escuelas y clínicas para personas con trastornos alimenticios. Estos ejemplos pueden ser de especial utilidad para trabajadores sociales, educadores, psicólogos, psiquiatras, y cualquier profesional que impacte en estas instituciones, desmarcando la etnografía como un enfoque netamente antropológico.

El tercer capítulo expone dos ejemplos para motivar la lectura de etnografías como herramienta útil para recuperar la subjetividad, sorteando el sesgo tras los discursos de control social. La primera etnografía mencionada es *“Pobreza, segregación y exclusión espacial. La vivienda de los inmigrantes extranjeros en España”*, de índole temático. En ella, Ubaldo Martínez Veiga, a través de un estudio de cuatro casos y la comparación con otras etnografías, defiende su hipótesis de que la segregación espacial de los inmigrantes no responde solamente a leyes del mercado, sino que a una serie de agentes sociales de fondo.

El segundo ejemplo del capítulo muestra cómo usando las narrativas personales o biográficas se puede comprender los sistemas sociales y se evita un tratamiento institucional reductivo y/o injusto. Se trata de dos estudios realizados por Feixa el 2005, por encargo del ayuntamiento de Barcelona, donde se estudia la situación de jóvenes latinos migrantes en dicha ciudad, estigmatizados como parte de bandas juveniles violentas. Lograr dar voz a los sujetos en estudio evita una solución simplista por parte del ayuntamiento, como poner énfasis en la seguridad, lo que invisibilizaría la problemática de fondo.

El cuarto capítulo pretende motivar el uso de diarios de campo en actores sociales como herramienta que permita reflexionar sobre la experiencia profesional. Para ello, se presentan fragmentos del diario que Solé escribió en su trayectoria como educador social, centrándose en el caso de una adolescente ingresada en un centro de acogida. Los autores

comentan la transición de instrumento personal a social que han tenido los diarios de campo con el tiempo, donde inclusive se utilizan hoy en día para analizar casos clínicos o particulares. También se describen cómo los diarios de campo han comenzado a surgir en formato web, a través de blogs, por ejemplo; en este punto, siento que queda un vacío respecto a los cuidados de confidencialidad que debería tener un profesional del área social al exponer sus experiencias en internet, por la accesibilidad abierta y no controlada que adquiere la información, dado que los autores no mencionan ningún resguardo que se debiese adoptar para proteger la identidad e intimidad de los sujetos de la realidad descrita.

Finalmente, en la sección de conclusiones, se insta a los educadores sociales a adoptar una actitud etnográfica para poder responder a las problemáticas sociales que conlleva la globalización, para poder comprender y tomar una posición en esta realidad, lo que permita fundamentar el modelo de trabajo profesional. Para ello, se les invita a practicar el extrañamiento antropológico, a considerar diferentes puntos de vista de una misma realidad y, por último, a actuar éticamente denunciando cualquier violación a los derechos sociales, y no contribuyendo a la creación de estereotipos estigmatizadores socialmente.

En general, la información entregada a lo largo del texto resulta de fácil lectura, se acompañan las ideas con ejemplos concretos y con el sustento teórico correspondiente. Resulta ser, a mi parecer, un buen libro introductorio para el uso de la etnografía si es que se le quiere utilizar para hacer investigación de un nivel suficiente para considerar sus principios en la práctica profesional en carreras de índole social. Considero que el título resulta ser algo confuso; esto puede ser por el significado de la palabra “educador” en nuestro país como sinónimo de “profesor”, pero en realidad apunta hacia educadores sociales; por ejemplo, a aquellos que trabajan en centros de acogida de menores. Esto no quiere decir que no sea de provecho para profesores, ya que la etnografía, como es descrita, contribuye a la reflexión y al tacto y sentido pedagógico, así como también puede contribuir al desarrollo de todos aquellos profesionales del área social que buscan entender una situación social desde las categorías propias de los protagonistas, más que desde las explicaciones y tratamientos dados típicamente por las instituciones.